

LA FUENTE DEL TORMO, LA PUERTA DE FUERTESCUSA

por
LIRA

El relato escrito a continuación está basado en hechos reales. El nombre de algunas personas se ha cambiado para preservar su identidad.

.....

Mientras espero observo las ramas desnudas de los chopos que dan a mi ventana en una calle céntrica de Valdríd. Su vista y mi añoranza me trasladan siempre en el tiempo y en el espacio a mi niñez, a Fuertescusa, al paraje de la Fuente del Tormo que da la bienvenida al pueblo donde pasé largos veranos, donde aprendí a ser, donde aprendí a querer.

Cuando era pequeña, pasaba largos ratos sentada en el tronco de un chopo que crecía paralelo al suelo, a un metro sobre las aguas del pilón. Desde allí veía llegar al abuelo que llegaba de la huelga del río a lomos de una mula sin nombre que apagaba su sed en el pilón de la fuente tras la larga caminata. Un pilón que siempre estaba limpio. De ello se encargaban los animales y los hombres del pueblo. No como ahora, con mogo verde sobre la superficie del agua. Mi hijo y sus amigos aseguran que son mocos de troll. Yo les digo que no puede ser porque en Fuertescusa nadie ha dicho nunca que ha visto un troll. Si acaso algún gamusino. Pero ellos aseguran que sí hay trolls, que no se les ve porque sólo salen de noche ya que si les da la luz del sol se convierten en piedras. Mirando alrededor, uno casi se lo cree.

Un pilón que despejó bastantes borracheras de fiesta y a cuyas aguas heladas caímos muchos cuando éramos pequeños. Algunos por descuido. Otros por empujones cuando nos demorábamos bebiendo agua de su caño. Un caño dorado del que, deja de salir agua unos instantes si soplas hacia dentro. Un caño que a veces se quedaba seco. Para que volviera a fluir sólo había que llegar hasta el nacimiento de la Fuente, cerca del lavadero y punchar un poco con un palo para desatascar la hierba, las piedras o el escuerzo que obstruían el cauce.

La Fuente del Tormo estaba cerca del lavadero de la Erilla, uno de los tres que había en el pueblo.

A media mañana acudían a él las mujeres que tras dejar aviada la casa y el puchero en la lumbre, iban a lavar sábanas y camisas que portaban en canastas de mimbre sobre la cabeza.

En las manos portaban las tablas para lavar que fabricaba el tío Encio con maestría sin igual y el jabón casero hecho con grasa y sosa en baldes de latón, que picaba en los ojos cuando se endurecía al sol. Un sol que ayudaba a devolver a la ropa tendida sobre la hierba o en tendederos de alambre un blanco tan radiante que dañaba a la vista. Un blanco sin una sola mancha que todavía no han igualado los mejores detergentes anunciados en televisión.

El lavadero y los tendales son hoy solo un recuerdo. En su lugar una mole fea y casi siempre vacía que se anuncia como hotel hace difícil imaginar a quien no lo conoció lo que fue aquel rincón.

También son un recuerdo, aunque imperecedero, los chopos que había entre la fuente y el lavadero. Tan altos, tan firmes y tan flexibles que emitían un sonido especial cuando la brisa de las noches estivales acariciaba sus hojas. Un sonido que aún evocan mis oídos cuando veo una chopera.

Los chopos del Tormo, testigos de tantas conversaciones, de tantos primeros besos, de tantos despertares...

Desde allí, mientras merendábamos pan con chocolate, con vino y azúcar, o con aceite y sal, veíamos llegar cada tarde al coche de línea cargado de viajeros. Algunos venían para quedarse una temporada. Abrazaban entre lágrimas a padres, hermanos, abuelos... que les habían esperado un largo año

y nos saludaban con la mano. Entonces todos nos conocíamos. Todos los saludábamos.

Otros viajeros continuaban hasta Poyatos pero antes bajaban a echar un trago de agua fresca mientras Adriél, el conductor, subía y una y otra vez hasta al techo del autobús para bajar los equipajes. Por eso, la parada era larga. Cuando el autobús arrancaba entre ruido y humo, algunos muchachos le perseguían en bici. No era difícil ir tras él hasta más allá de Ruy La Calera. Iba lento y los chavales estaban en forma.

Dice mi padre que cuando él era pequeño y toda la familia, animales incluidos, se trasladaba en verano unas semanas a Las Povedas para segar y trillar, descansaban un rato asomados desde un alto para ver pasar el coche de línea. Después seguían con las tareas veraniegas propias del campo. Tiempos lejanos en los que pocos tenían coche pero todos podíamos llegar a Fuertescusa o salir de allí a diario en transporte público. Se tardaba mucho pero daba igual porque teníamos tiempo para todo y para todos.

Cuando mi abuelo Doro dejó de ir a diario, desde marzo a octubre a la huelga del río, bajaba cada mañana, hasta el nacimiento de la Fuente del Tormo. Allí improvisó varios asientos con piedras y tocones donde se sentaba para ver hablar con las mujeres que iban a lavar o que bajaban hacia el campo santo, mientras esperaba que acudiera algún amigo con quien repasar cómo iban el huerto y los bichos y las novedades del día.

Le recuerdo allí, con las manos apoyadas en el bastón de buje, con su eterno pantalón de pana negro y una chaqueta de la misma tela cuando refrescaba. La camisa de blanco impoluto arremangada en verano y siempre calzado con abarcas, los pies protegidos por piales de lana áspera y gruesa que tejía al calor del hogar la abuela Isa.

Sonreía al verme llegar. Tras el saludo la misma pregunta cada día: ¿quieres un poco de tocino magro hermosa? Yo asentía con la cabeza y él sacaba de un taleguillo a cuadros azules y blancos una navaja y una rebanada de pan sobre la que ponía un buen trozo de jamón. Me lo iba dando en tacos pequeños y cada cuatro o cinco cortaba un poco de pan para acompañarlo. ¡Qué bueno estaba! Cuando sentíamos sed, bajábamos a la fuente. El bebía del caño pero a mí me ofrecía el agua en el cuenco que formaba con la hoja de alguna berza de las que crecían cerca.

Después me cogía la mano y subiendo la cuesta que va hacia la plaza decía:

- Lira vamos a casa que ya habrá venido la abuela de la tahona y te comes una galleta.

- Abuelo, si me como ahora una galleta no tendré hambre a la hora de comer y mi madre me renegará.

Así respondía yo pensando en aquellas enormes delicias que allí llamaban galletas y que por tamaño podrían considerarse bizcochos en la ciudad donde vivía el resto del año. Una sola podía absorber un tazón entero de leche. Hoy las hacen parecidas en dos pueblos cercanos y las venden en la tienda. Aunque mantienen su capacidad de absorción, no saben tan ricas como las del horno de Jandro ni es fácil comerlas tan recientes.

- Pues entonces una magdalena que son más pequeñas, y de paso vas a ver si han puesto ya las gallinas y te subes unos huevos.

El caso era comer, una obsesión continua de mi abuelo todos los veranos. Decía que tenía que medrar, que la comida de Valdrid alimentaba menos y tenía que coger energías para poder estudiar en invierno y hacerme buena moza.

La fuente y el pilón siguen en su sitio, dando la bienvenida al recién llegado, sorprendiendo a turistas de secano que paran el coche para preguntar: ¿esta agua es potable? ¡Como si hubiera dudas!, y trasladando a otra época a quienes conocimos sus alrededores con un aspecto más rural y más poblados.

Aburrida y desgastada, la Fuente del Tormo echa de menos el coche de línea que ahora es más pequeño y sólo pasa de vez en cuando casi vacío, a las lavanderas, a los chopos, el olor del chocolate, del vino con azúcar y del

aceite de las meriendas. Pero se alegra cuando en agosto (ahora las vacaciones son más cortas), los niños le limpian los mocos de troll.

- ¡Lira!, ¡Lira! ¿estás bien?

- Sí, ¿qué pasa?

- Llevas un rato mirando por la ventana y no nos oyes.

- Es que... los chopos.

- Deja los árboles y pasa a la sala de reuniones. Te llama José Alberto.

Vuelta a la realidad. Menos mal que sigue esperándome la Fuente del Tormo, la puerta de Fuertescusa.